

AUGUST STRINDBERG

Banderas Negras

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



Banderas Negras

Cuadros de costumbres finiseculares

Grandes Clásicos

August Strindberg

Banderas Negras

Cuadros de costumbres finiseculares

Traducción y postfacio de Elda García-Posada



Primera edición: noviembre de 2010

Título original: *Svarta fanor* (1907)

© de la traducción y del postfacio, Elda García-Posada, 2010

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2010

c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en bibliotecas públicas de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

ISBN: 978-84-96601-87-1

Depósito Legal:

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Josef Engelhart, *Loge in Sofiensaal*, 1903

Impresión y producción gráfica:

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Banderas Negras

Cuadros de costumbres finiseculares

I

Una cena de fantasmas iba a tener lugar en casa del profesor Stenkåhl, pero sólo con un destacamento de reclutas de segunda clase, pues los muy condecorados altos mandos ya habían pasado por allí el día anterior. Como éstos habían dado buena cuenta de los vinos de Burdeos, el mayordomo sacó los vinos blancos, que habían perdido la etiqueta en la fresquera. El vino tinto se vertió en garrafas de vidrio y el ponche de champán fue puesto a enfriar en una mezcla frigorífica de nieve, salitre y sal de cocina. Todo ofrecía un aspecto sencillo a la par que espléndido cuando los invitados empezaron a congregarse. Se les veía parados en la escalera, reloj en mano, para no llegar demasiado pronto y, sobre todo, para evitar tener que conversar antes de la cena. El espíritu práctico imperante en la economía nacional exigía no malgastar las palabras. Puesto que no se sabía a quién se iba a tener como compañero de

mesa, era preciso ser muy cauteloso en la elección del tema y tratar de no soltarle las mismas ocurrencias a la misma persona.

Llegó Falkenström, el escritor, y encontró a su amigo el librero Kilo con el cronómetro en la mano izquierda.

—¿Se ha invitado también a la mafia? —preguntó.

—No, sólo a la Fronda.¹

—¿Va a haber señoritas?

—Algunas.

Falkenström sacó su peine de plomo y lo deslizó por sus grises sienes.

—¿Estará el rosbif poco o muy hecho?

—Probablemente muy hecho, quizá incluso algo correoso.

Falkenström sacó una cajita de chocolates donde metió su paladar superior postizo de ocho dientes.

—Es curioso lo de esta cajita —dijo—; he ido a una tienda a comprar una caja adecuada para traérmela esta noche. Por supuesto, no he querido decir para qué era: sólo me he puesto a mirar por el mostrador. Pero el tendero, que sabe leer la mente de los clientes, ha interrumpido de pronto mi exploración: «Señor, debe usted llevarse una cajita de chocolates vacía. Eso es lo que yo hago: va perfecta para ese propósito, es plana y no abulta en el bolsillo». «Vaya, qué listo», le he contestado, agradeciéndole el consejo mientras me disponía a marcharme. «Si no, se puede usar un pastillero», ha seguido diciendo, «de modo que uno se da la vuelta y parece que está tomándose una pastilla o una pizca de rapé, pero hay que asegurarse de que no haya espejos en la sala». Le he dado las gracias de nuevo por la valiosa información y me he ido. ¿Va a haber cizaña esta noche, tú crees...?

1. Alusión a la serie de movimientos insurreccionales ocurridos en Francia entre 1648 y 1653.

—¡Claro que sí! Una cena de fantasmas sin cizaña no sería tal
—contestó el librero Kilo

—¿Quiénes vamos a estar?

—Mister Anjala va a venir para meterle cizaña a Wyberg a cuenta del *Kalévala*;² la señorita Paj te echará leña a ti a propósito de Thilda K.; Popoffski se meterá con Aspasia. Después el debate quedará abierto. Tras la cena, el conde Max leerá un diálogo platónico sobre presagios, y la señorita Aalesund cantará veintiséis *lieder* de Grieg.

—¡Va a estar la cosa animada! Pero espero que venga el doctor Borg.

—Va venir, pero ha jurado no decir ni una sola palabra. Es tremendo cuando habla, pero aún más atroz cuando calla.

Se oyó entonces cómo las puertas se abrían, y los invitados, que habían estado haciendo guardia en las cuatro esquinas del rellano, comenzaron a serpentear en escuadrones por la escalera de caracol hasta colarse por la puerta del recibidor.

El salón acogió a los visitantes, que se conocían todos entre sí. Se estrechaban las manos, se enseñaban los dientes, y las mujeres se lanzaban las unas a los brazos de las otras. La pequeña hijastra les dio la bienvenida a la casa y les preguntó si se habían limpiado los zapatos. Era la única que hablaba: todos los demás fingían decir cosas que nadie oía, o bien respondían a preguntas imaginarias. Daban vueltas mirando los cuadros que colgaban de las paredes, y cada vez que alguno manifestaba desconocer el original, el coro le informaba al unísono. Siempre era un Murillo el que venía a salvar la situación, a modo de pararrayos en medio de la fuerte tormenta desatada. Desmenuzaban el motivo tanto

2. *Kalévala*, poema épico mitológico finlandés.

como era posible, después pasaban a examinar el marco, y cuando el tema estaba agotado, el pintor Wyberg acometía el análisis del bastidor, ante el temor de que alguien tomara la palabra y hablara de alguna exposición en curso, ya que ello entrañaba peligro mortal.

La cena comenzó a las siete, con vistas a que los anfitriones pudieran librarse de los invitados a una hora razonable. Antes de que se sirviera la sopa se hizo el silencio habitual y dieciséis manos derechas comenzaron a amasar bolitas de pan, de modo que la mesa acabó teniendo el aspecto de una playa en bajamar plagada de cangrejos. Por fin llegó la sopa y entonces los dieciséis cráneos se inclinaron de golpe, la mayoría de ellos verdaderamente dolicocefalos, algunos negros, otros marrones, y otros blancos y desnudos como el culo de un bañista. Parecían contemplar su reflejo en las profundidades de los cuencos de sopa, u ocultar el rostro para no mostrar el espejo del alma, o bien implorar en silencio la desgracia del vecino, pues todos eran enemigos y sólo estaban allí porque no se atrevían a rechazar la invitación. Y es que el del profesor Stenkåhl era un círculo influyente, donde se impulsaba y se machacaba a la gente, donde se podía adquirir una brillante reputación pero también perderla. Terminada la sopa, un aterrador silencio sucedió a los sorbos, y los cangrejos de nuevo se pusieron a amasar pan, algunos modelando pequeñas bolitas como las que se ponen en los anzuelos para pescar pececillos, y otros formando cilindros largos como los que se utilizan de cebo. Luego el profesor Stenkåhl alzó su Madeira y dio la bienvenida a los invitados. Las manos de éstos se aferraron a sus copas con la desesperación del que se está ahogando, y de nuevo se hizo el silencio. Viéndose obligado a romperlo, el profesor Stenkåhl comenzó con la sesión de cizaña.

—Bueno, Anjala —comenzó—;¿Cómo va todo por Pohjola?³
Mister Anjala desde luego deseaba dar rienda suelta a su dolor por la perdida libertad de su patria, pero el ruso Popoffski estaba sentado a su lado y listo para desenmascarar al falso mártir. Así que aquél respondió con evasivas. Pero el profesor lanzó un anzuelo al ruso.

—Popoffski —dijo—, ¿conoce la Constitución de 1789?⁴

Aquí esperaba una explosión del doctor Borg, algún comentario lleno de emoción que le diera vida al coloquio, pero el doctor no dijo nada, sino que preparó en su fuero interno una mezcla frigorífica que le daba un aspecto exterior de fuerza opresiva y paralizante.

Popoffski, que estaba bien educado y sabía que en la mesa hay que evitar peleas de taberna, se limitó a levantar su copa y brindar por el finlandés:

—¡Salud, Anjala! —dijo.

Pero Mister Anjala no levantó la copa, y se sirvió un trozo de pescado.

Ahora la mesa comenzó a asemejarse al Colegio de Sordomudos. Todo el mundo asentía con la cabeza y bebía, y volvía a beber y a asentir con la cabeza, de una manera muy china.

El doctor Borg fue de nuevo retado a meter cizaña, pero respondió con su mezcla frigorífica, de manera que las mandíbulas

3. En el *Kalévala*, Pohjola designa una región imaginaria, una tierra helada en el extremo norte del mundo donde se halla la fuente de todo mal.

4. La Ley Fundamental de Unión y Seguridad de 1789, en realidad una carta otorgada, confería al monarca sueco poderes prácticamente ilimitados. La norma fue derogada en Suecia en 1809, pero sus disposiciones continuaron en vigor en Finlandia tras su separación de Suecia y durante la dominación rusa (1809-1818).

de los invitados se congelaron, y nadie pudo seguir comiendo a gusto. Cuando se sirvió el asado, sin embargo, los vinos empezaron a hacer efecto, y la gente empezó a cuchichear en parejas. Sonaba como un funeral.

K., el contable, se hallaba absorto admirando a su mujer, la gran escritora: la admiraba cada vez que abría la boca, aunque fundamentalmente la abría para pedir direcciones. Y ahora estaba sentada junto al Pequeño Zachris, que se sabía las direcciones de todos.

—Bueno —le preguntó a Zachris—, ¿ha sido usted publicado en alemán! ¿Quién ha hecho la traducción? ¿Es buena?

Esta última pregunta era únicamente *pro forma*, y Zachris, que estaba dorándole la píldora a Thilda para ver si un día se topaba con un famoso actor en la casa de ésta, sólo respondió a la primera cuestión:

—¡Pues la ha hecho la señora Mager!

—¡No me diga, así que ha sido ella! —La señora Thilda fingió conocerla— ¿Dónde vive *ahorá*?

—En Seelendorff,⁵ a las afueras de Berlín.

—Debe de haberse mudado. Así que ahora vive en... ¿cómo ha dicho?

—Seelendorff —(«Quédate con la señora Mager», pensó, «yo tengo un traductor mejor, que tú no vas a ver ni en pintura»).

—¿Seelendorff? ¿Con dos «es»?

—¡Con dos «es»!

La señora Thilda lo anotó en la memoria, de modo que se podía ver cómo bajo sus párpados trabajaba un lápiz imaginario.

El contable se regocijó pensando en el éxito de su mujer, pues sabía que iba a ser publicada en alemán y que, sin duda, machaca-

5. Zehlendorf.

ría a todos esos escritores que él despreciaba. Así que brindó con Zachris y le dio las gracias por su interés.

El doctor Borg, que estaba sentado al lado, se dirigió entonces a Falkenström, murmurando:

—El día en que Thilda se cargue a su escribano oficial te vas a enterar...

—¿Cómo que se lo cargue?

—Sí, aquí estamos entre asesinos y ladrones. Unos a otros se roban las ideas, las direcciones, los amigos y las personas. Thilda K. es una ambiciosa que además de aspirar a hacerse un nombre como escritora también codicia un nuevo y espléndido matrimonio, y para ello no va a escatimar esfuerzos. Preserva su belleza forzándole a él al celibato, pero el día que quiera librarse de él, lo acusará de impotencia, y llamará a todos los jóvenes caballeros a declarar, es decir, a declarar que ella lo dijo o lo insinuó, y tendrá derecho de veto. Entonces él se rajará el pescuezo. Zachris será el primero en prestar falso testimonio, porque es un bujarrón.

Como respuesta, Falkenström murmuró:

—Sí, tienes razón, estamos en una guarida de asesinos. Ya sabes que Aspasia, en la época en que se dedicaba a coleccionar hombres, incluyó al conde Max en su colección, e iba por ahí jactándose de ello. Pero cuando él la abandonó, pasó al contraataque tildando a Max de mentiroso, hasta el punto de que le obligó a huir de la ciudad. Luego trató de cargárselo utilizando a aquellos de sus amantes que escriben en los periódicos. Ahora Stenkåhl va y los coloca uno junto al otro, a la asesina y a la víctima. Es de buen gusto, especialmente teniendo en cuenta que Aspasia ha intentado destruir el actual compromiso de Max por medio de nuevas mentiras. Siempre ha habido desde luego épocas de decadencia, pero algo tan podrido como esta *Fronda*

no se ha visto jamás. Ahí tenemos a la señorita Paj, a la que le encantan las jovencitas, intentando que el editor Holger, a través de su esposa Marta, cuele unas palabras maliciosas contra ti en el periódico. Todos los que se sientan en esta mesa son enemigos que se envidian y se odian, pero se mantienen unidos por el temor a las nuevas armas de la *mafia*. Mira a Jenny, la mujer de Zachris, envenenando al profesor Kalkbrenner: camelándole, como puedes ver, con sus melifluos ojos y su voz nasal; y a Nyrax lisonjeando a la esposa de Kalkbrenner para ver si obtiene una beca de esas que concede la Academia a los más mediocres. Vaya con estos esclavos de la ambición, a los que sólo une el interés, y que lo único que buscan es hacerse un nombre a *tu* costa para luego pisotearte...

El profesor Stenkåhl, que no estaba teniendo éxito con la cizaña, empezó a perder interés por la conversación; y como él mismo no quería comprometerse, permanecía en silencio, y simplemente brindaba de vez en cuando con algún invitado. El invitado respondía alzando su copa igual que un centinela en el cambio de guardia. Pero el profesor, nervioso, era incapaz de beber, y se veía claramente que lo que quería era que la tierra se tragara la mesa entera con todos los invitados. Por último, no pudo reprimir un bostezo, y su gran orificio lleno de dorados frutos de cadmio y empastes de oro se abrió, semejante a una alcoba repleta de murales. Con el poder de seducción propio de un experimentado conferenciante, logró que todos los asistentes siguieran su ejemplo uno tras otro; y dado que todos habían comido en sus casas a las tres y ahora les estaba siendo servida una cena de diez platos, a partir del sexto la cosa comenzó a ser una auténtica tortura. Nadie se atrevía a rechazar comida, y Mister Anjala, que estaba sentado junto a la anfitriona, se vio obligado a aceptar de la mismísima mano de ésta

un grévol⁶ y tres ostras. Habría querido entonces tener poderes mágicos y hacer desaparecer al instante el ave y los moluscos bajo las solapas de su chaleco, pero no podía hacerlo, pese a pertenecer a la nación de los prestidigitadores. Ahora lo único que veía ante sí era una muerte segura por apoplejía: y no estaba dispuesto a morir tan joven por causa de un grévol, de modo que trató de salvarse mediante una broma macabra. Con el horror de la muerte pintado en la cara se volvió hacia la anfitriona.

—Querida mía, si es que quiere invariablemente verme morir a sus pies... ¿Le gusta tener la muerte a la mesa?

La anfitriona no entendía el lenguaje del *Kalévala*, y tenía muy poco sentido del humor. Además, se hallaba ocupada echándole un ojo a los tejemanejes de la criada con los platos calientes para los espárragos, al tiempo que vigilaba a su marido con el otro ojo: de manera que improvisó un rudimentario tercer ojo en la punta de la nariz que empleó para lanzar una mirada a Anjala, y le dio una contestación de besugo:

—Sí, y con la señora Ärtberg en el papel protagonista, van ya cincuenta veces seguidas...

Mister Anjala tuvo así la suerte de poder eludir el grévol, y, agradecido a la señora Ärtberg, a la que no tragaba, se deshizo en un mar de elogios mientras hacía el grévol picadillo, ocultando los huesos debajo de la piel y la piel bajo los huesos, de modo que pareciera que realmente se lo había comido. Sepultó las ostras en aquel conchero, y puso unos cuantos trozos de pan a modo de menhires sobre el túmulo.

Cuando llegó el séptimo plato, a base de espárragos gigantes, de nuevo dieciséis cráneos se inclinaron sobre los servicios, pero

6. El grévol (*Bonasa bonasia*) es una especie de ave galliforme que habita en los bosques templados y boreales de Europa y Asia. Su carne es muy apreciada, y a menudo formaba parte del menú en el banquete de los Premios Nobel.

a la hora de hincarle el diente a esos gruesos tallos, los señores, temerosos de mancharse la barba de mantequilla, «levantaban» los bigotes, mostrando los dientes como rabiosas fieras, al tiempo que miraban en derredor para asegurarse de que nadie veía esa pinta que tenían de perros con un hueso en la boca.

Con el octavo plato, un ligero paté de langosta con *foie gras*, el grupo había dejado de hablar. Sólo se veían caras abobadas mirando las copas de vino con desesperación; y cuanto más bebían, más abobadas se mostraban. Un silencio sepulcral acompañaba la estupefacción que reinaba en la sala. El doctor Borg, desplegando velas, se aflojó las correas de su chaleco, y Aspasia comenzó a desabrocharse el corsé de ballenas de metal. (Aspasia en efecto llevaba armadura y atraía a los hombres a su férreo regazo, semejante al instrumento de tortura llamado *die Eiserne Jungfrau*).⁷

La mujer de Zachris, Jenny, estaba completamente borracha, pero cuando quería decir algo obsceno era gélidamente silenciada por la mezcla frigorífica del doctor Borg.

El conde Max, sin embargo, que ocupaba un insignificante segundo plano al estar sentado junto al contable K., lo había confundido con el matemático K., y por cortesía entretenía a su vecino con una conversación matemática. El señor K., que creía que el conde era matemático, le hablaba también de matemáticas a pesar de no tener ni idea. Así que como ninguno sabía nada de matemáticas, no hacían más que marear la perdiz, y a medida que aumentaba su embriaguez se iban poniendo ambos tan desagradables que el uno empezó a pensar que el otro era un farsante y viceversa, sobre todo porque el error no fue aclarado hasta el día después. La contenida

7. «La doncella de hierro», instrumento supuestamente utilizado para la tortura y ejecución, que tenía la forma de un ataúd de metal con clavos en su interior.

borrachera, que cuando llegó el borgoña se hizo insoportable al no poder expresarse con libertad, empezó a actuar como un sudorífico, de modo que las frentes de los invitados empezaron a asemejarse a garrafas en las que se condensaban gotitas de agua. Toda la estancia olía a sudor, y bajo los brazos de las mujeres brotaban manchas de humedad que dibujaban mapas de carreteras y cartas náuticas.

Falkenström, que tenía la habilidad de hacer desaparecer como por arte de magia las viandas del plato, y tenía una técnica que le permitía tragar trozos enteros moviendo la garganta a la manera de un pavo, comenzó a temblar sin embargo, cuando llegó la fruta, pues a lo que ya no se atrevía era a tragarse una manzana entera. Una cosa era «arreglarse discretamente la piñata», como él lo llamaba, haciendo un hábil giro en medio de la sala, y otra muy distinta «ponerse la brida» como un mulo en mitad de la mesa. Aunque por un instante buscó su cajita de chocolate, enseguida cambió de opinión, cogió la manzana y las nueces, las guardó en el bolsillo del chaleco, y dijo:

—Esto me lo llevo a casa para los niños.

—¿Está usted casado, señor Falkenström? —preguntó la mujer de Zachris, Jenny.

—Sí, a veces —contestó Falkenström.

Jenny no pudo contenerse y estalló en una risita beoda.

El desesperado profesor, que, con la boca seca de masticar, ponía los ojos en blanco, metió baza:

—¿Qué es eso tan divertido que ha dicho Falkenström? Venga, dígalo, que lo oigamos los demás.

Tenía tanta ansia de oír a alguien hablar, que estaba dispuesto a escuchar una obscenidad.

—Las ocurrencias no se pueden repetir —respondió Falkenström.

En la atmósfera estúpida que les envolvía, la palabra «ocurrencias» cayó como una bomba.

—¡Oh, dígallo! ¡Por caridad! ¡Dígallo! ¡Señor Falkenström! ¡Oh!

—¡Oh...!

—¡Oh...!

—¡Por amor de Dios, oh!

Falkenström no tenía más remedio que poner fin a aquello, pero como no se dignaba repetir lo anterior, descargó una nueva muestra de ingenio:

—Bueno, lo que he dicho es que a mis mujeres siempre solía gustarles más cuando estaba un poquito curda.

Nadie se rio, aunque todo el mundo sabía que había estado casado tres veces. La frase era correcta, pero incompleta: tres divorcios, tres tragedias. La mayoría también había tenido problemas similares, y los recuerdos que el comentario trajo consigo eran bien deprimentes.

Las barbillas se inclinaron hacia el pecho de modo que las respectivas coronillas quedaron expuestas hacia arriba, como si se agacharan para recibir desde las alturas los golpes del destino. La palabra «curda» había chirriado también en la sala, donde se había bebido tanto champán y borgoña, pero al tiempo había servido para poner al descubierto la levadura que se hallaba en el fondo de todos esos barriles en exceso fermentados, a punto de saltar por los aires. Había en efecto levantado un poco las caretas, haciendo el mismo efecto que si el anfitrión hubiera alzado su copa para dirigirse a los invitados de este modo:

—¡Animaos, chicos!

Lo cual por cierto recordaba a la señal que el doctor Borg, a la manera de un marino, solía hacer a los invitados en sus fiestas sólo para hombres, cuando alzaba su copita de licor:

—¡A soltar amarras! O aún más fácil: ¡Amarras fuera!